

florence toussaint

otro mito de la televisión

Los medios de comunicación, entre ellos la televisión, incorporan y utilizan la figura de la criada para recuperar las características de su trabajo y presentarlas como aceptables. La vía por la cual se rescata una condición tan poco favorecida es similar al método seguido para destruir la complejidad de todo lo real. La televisión necesita transformar en mitos los hechos para que éstos no se manifiesten como contradictorios. Disfrazar la explotación o negarla es tarea asignada, por sus propietarios, a la televisión comercial.

“El mito constituye un sistema de comunicación, un mensaje”.¹ Es una forma que se usa para escamotear la verdad. Esta puede manifestarse a través de imágenes o representaciones. El mito es una forma elaborada pensando en una determinada lectura, en un desciframiento específico. Ninguna forma mítica es inocente. El mito tiene límites históricos. Ni siquiera los mitos son eternos.² El mito se relaciona con la ideología, es una de sus formas de expresión.

La televisión procura hacer de todos los actores sociales, de todas las relaciones, mitos. Para ello no importa el género: en la ficción o el documental siempre es posible vaciar al hecho de su desagradable contenido de miseria social.

La sirvienta que aparece en las pantallas de televisión es un mito que pretende “naturalizar” la condición y la forma de vida de miles de mujeres a quienes la necesidad del sustento no permite hacer otra cosa que servir.

(1) Barthes, Roland. *Mitologías*. México, Ed. Siglo XXI, 1980 pág. 199/200

(2) *Ibidem*

En la criada de la pantalla casera habremos de distinguir dos elementos: por un lado su presencia y por otra su función. La muy clara extracción de clase —campesina la mayoría de las veces— de las trabajadoras domésticas es hábilmente escamoteada al receptor. En ocasiones, a través de la caricaturización de la llamada “india” cuyo grado de debilidad mental la convierte en una rareza digna de lástima o de risa, en otras, a través de la dignificación de su imagen para presentarla como un modelo menos “fino” del ama de casa clase media.

En la reproducción del mundo inventada por la televisión, no cabe la disonancia. Conviene que la imagen sea homogénea. Puesta a elegir entre los rasgos, ademanes, habla, vestuario y aspiraciones de las distintas clases sociales, la televisión no titubea. Con toda facilidad escoge las pautas que definen a la clase cuyos intereses representa. La burguesía o la pequeña burguesía son así retratadas con un lente de muy baja precisión. La imagen resultante es parcial, inteligentemente arbitraria mientras se le esgrime como natural, inmutable. La criada no debe alejarse mucho del modelo. No porque no se deban marcar las diferencias, sino más bien porque las verdaderas diferencias, las importantes, se anulan por esta vía.

Al presentar a una patrona burguesa y hacer que la sirvienta se le parezca, se le asemeje, quiera ser como ella y aspire a imitarla en lo externo y lo interno, se está negando la posibilidad siquiera de existencia a otra cultura. El oprimido en la televisión no goza de una cara propia. Se le impone una máscara. Los movimientos, la forma de vida, las palabras y los acentos, las creencias y la conciencia desaparecen bajo la apariencia “aburguesada” de las criadas maquilladas para la televisión.

En cuanto a la función desempeñada, ésta tiene que ver más con el sometimiento, la abnegación y la complicidad que con el trabajo. Las categorías bajo las cuales actúan las sirvientas son limitadas. Primero, la aparición de la criada como trabajadora es nula. Segundo, su simple participación en las series es muy escasa. Hay que buscar mucho para encontrar una sirvienta como personaje. Tercero, si se le usa, su papel nunca es central. Son simples encaminadoras del relato cuya acción no las favorece o perjudica directamente. Ellas no tienen problemas propios, giran alrededor de las tribulaciones o alegrías de los otros. Se involucran con pasiones y odios ajenos, ven alzarse o caer fortunas y honras que no son las suyas. Carecen de una dimensión propia y si existen es porque los dueños del escenario necesitan de su apoyo.

Dentro de los límites generales marcados para la creación de personajes sirvientes, hay, sin embargo, alguna variedad. Tipos y temperamentos, mayor o menor intervención en la trama.

Describamos primero la aspiración de las sirvientas que sirven de contexto. Las representaciones desarrolladas por este tipo de personajes son secundarias. Entran a cuadro para avisar el arribo de una visita, dar un recado, informar que

la comida está lista o servir el té. Pasan por la pantalla como sombras, desaparecen igual. No hay alusiones a sus largas jornadas, lo único evidente es su total subordinación, su dependencia. Parte del mobiliario, objetos de la casa.

Pero hay otro tipo de sirvienta; la que toma parte y partido en la narración. Según si su desempeño está a favor o en contra de la heroína, su condición será de una bondad sin límites o de una perversión también altamente exagerada. Cuando tales sirvientas actúan como cómplices del personaje principal, suelen desempeñar las funciones que en la novela corresponden al narrador. Enteran al público con sus cavilaciones, o al maquinar en voz alta, de los sucesos que tendrán lugar cuando los protagonistas aún no lo saben. Atesoran, eventualmente, mucha más información que la víctima o el verdugo.

Las criadas cómplices de sus patrones ejemplifican de manera realista, aunque sin la distancia crítica necesaria para que el receptor se percate de la "imbecilidad objetiva"³ contenida en su actitud, las relaciones que se establecen entre dos mujeres de distinta clase social. En el ámbito de las telenovelas, ambas se encuentran atrapadas en el círculo doméstico. A merced de una estructura familiar que las oprime por igual, tienen, sin embargo, recursos diferentes. El ama de casa es la "señora" y como tal cuenta con la legitimidad. La criada sólo posee astucia o inocencia. La falacia de presentar a la sirvienta como cómplice solidaria de la señora consiste en anular el hecho de que una es la explotadora mientras la otra es la explotada. Esta circunstancia no deja de separarlas aunque en última instancia ambas sean a la vez explotadas por el "señor" de la casa. Por otro lado, la diferencia de clase persiste y la sirvienta fiel a la "señora" enajena su propia procedencia en aras de una admiración sospechosa. Como personajes, como símbolos, las criadas aparecen finalmente como queriendo identificarse con la clase que las explota. La complejidad de la relación sirvienta-ama de casa resulta del hecho de que ambas son mujeres y por tanto ninguna actuará finalmente en pro de sí misma, sino del sistema que las margina y las relega al papel de sirvientas o amas de casa, dos versiones de un mismo rol social. Esto es evidente cuando descubrimos que la alianza se produce ante la asechanza representada por la pérdida del "señor", del hombre. En el otro extremo de la pugna aparecerá por supuesto otra mujer, la *otra*, de distintas maneras estigmatizada pero siempre representando la desviación de una norma socialmente aceptada.

Cuando la criada debe ser un personaje negativo, miente, engaña, urde trampas. Se confabula con quienes quieren hacer daño a la heroína o a la pareja prototípica de la telenovela. Los motivos para hacerlo son profundamente sexistas. Envidia por la belleza, la posición, la bondad o el amor del galán que ella no posee. La competencia entre mujeres se

plantea sólo en términos de alcanzar ese ideal de lo "femenino" consistente en ser un objeto codiciable desprovisto de vida interior. No reprocha a este personaje que compita o envidie, sino que lo haga de una manera tan activa. La pasividad es una cualidad esencial para estos relatos. Subyace a la estructura la idea fundamental de destino. El azar y la buena o mala suerte guían vidas y desatan cataclismos. Las mujeres son tipos ideales para ser arrastradas a diestra y siniestra. Las sirvientas asociadas con ideas poco conformistas no poseen ni el honor de saber mantenerse en su condición, ni la fortuna de ser como las señoras a las que envidian.

Hay todavía otro tipo de sirvientas en las telenovelas. Son aquéllas que por su belleza y bondad ascienden desde su miseria hasta la gloria de un matrimonio afortunado. En tales historias, la mención del origen de trabajadora doméstica de la protagonista sólo sirve para ofrecer al espectador la siempre renovada promesa de una mejoría social gracias a la fortuna individual o a los méritos personales apegados al sistema. En el caso de las mujeres, sólo la belleza y la virtud poseen la facultad de ayudarlas a superar la pobreza y la infelicidad.

En síntesis, para la televisión, para las telenovelas en especial, la criada es un mito. La forma sirvienta es despojada de la espesura de su significado. Aquello que define fundamentalmente a la servidora doméstica: su trabajo, el lugar que ocupa en las relaciones de producción, es lo menos importante. En cambio se privilegian sólo las consecuencias de una situación laboral: dependencia y una relación ambivalente con su aparente empleadora: el ama de casa. De la vida de la sirvienta conocemos, a través de las imágenes que diariamente invaden la intimidad de nuestras casas, solamente sus relaciones sentimentales con la patrona. El burdo retrato, de un realismo ingenuo, de las telenovelas, nos permite vislumbrar dos comportamientos típicos de una criada: la sumisión o la envidia. Ambos excluyen cualquier esperanza de conciencia de rebelión. Así, la condición más esclavizante para una mujer es recuperada por la televisión y presentada como un argumento más de la inmutabilidad de todas las cosas. La fatalidad pesa sobre las mujeres, y pesa más en tanto más lejos se esté del modelo ideal. **J**

(3) Cfr. Barthes, R. *op. cit.*, p. 70